

Los ángeles perdidos

Reynaldo Escobar

QUIERO HABLAR DE LA PROSTITUCIÓN EN CUBA, PERO ME FALTA experiencia: nunca me he prostituido, nunca he pagado por el sexo. Pertenezco a una generación de cubanos que no le alcanzó la edad para visitar los prostíbulos del capitalismo.

Durante mucho tiempo creí pertenecer a esa generación que vaticinó Federico Engels en *El origen de la familia, la propiedad privada y el estado*, cuando luego de preguntarse cómo sería la regularización de las relaciones sexuales “después de la inminente supresión de la producción capitalista” se respondía a sí mismo: “Eso se verá cuando haya crecido una nueva generación; una generación de hombres que nunca se hayan encontrado en el caso de comprar a costa de dinero, ni con la ayuda de ninguna otra fuerza social, la entrega de una mujer, y una generación de mujeres que nunca se hayan visto en el caso de entregarse a un hombre en virtud de otras consideraciones que las de un amor real...” Muchas veces repetí esa frase, orgulloso de pertenecer ya a la estirpe de los hombres nuevos.

Es rigurosamente cierto que ya en 1965 no existía en toda la isla un solo prostíbulo, ni una sola mujer vendiéndose en las calles. Los centros de este tipo fueron clausurados, las mujeres ubicadas en empleos decorosos. “Hemos erradicado la prostitución”, decían los líderes revolucionarios, con el mismo entusiasmo y veracidad con que se afirmaba haber erradicado el analfabetismo o la poliomielitis. La nueva moral de la revolución arrasó no sólo con la legitimización ética de la prostitución, sino que dio por terminada la sobrevaloración de la virginidad de la mujer, consagró la validez de las relaciones prematrimoniales y aceptó, al compás de la década prodigiosa de los años 60, una suerte de amor libre revolucionario que florecía en las grandes movilizaciones al trabajo voluntario o en los atrincheramientos para defender la patria. Como colofón ideológico de esa tendencia el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba decretaba en 1975 que “lo moral” era estudiar, trabajar y defender la revolución y que era hora ya de olvidarse de las consideraciones morales sobre el sexo.

Pero el sexo no perdió por eso su *valor de cambio*. En los años en los que el dinero carecía de importancia y lo relevante era la influencia política, un impresionante número de dirigentes políticos, diplomáticos, militares y administrativos, cambió su vieja esposa, su antigua compañera de lucha, por una nueva, joven y hermosa. Fue un fenómeno masivo.

Las muchachas de la nueva generación no tenían acceso a la ropa de moda, a los perfumes franceses, ni a una casa propia o un automóvil. Los mejores partidos eran entonces quienes por disfrutar de las prerrogativas del poder podían suministrarles lo que necesitaban y hasta complacerles los caprichos. ¿Se le puede llamar prostitución a eso? Se trataba de hombres muy interesantes, cuarentones y cincuentones que por sus méritos históricos, por su capacidad de trabajo o por sus relaciones personales habían ascendido a los timones de mando de una sociedad históricamente machista, desde donde podía conseguirse casi de todo. Ellas, por su parte, tampoco eran cualquier cosa, además de jóvenes y hermosas habían estudiado en las escuelas de la revolución. Muchas tenían, junto a la avaricia por lo material, algún sueño idealista que conquistar, eran las cortesanas del socialismo real. Este fenómeno se extendió desde mediados de los 60 hasta mediados de la década del 80.

Entonces fue que empezaron a llegar los extranjeros: turistas de países capitalistas, sedientos de sol tropical, en busca de mulatas, música salsa, tabaco y ron. Ofrecieron primero mercancías a cambio de sexo: camisetas, perfumes, jeans; luego vino la dolarización de la economía cubana y comenzaron a pagar en efectivo. En la misma medida en que esto ocurría los miembros del aparato burocrático perdían el poder de conseguir bienes materiales. Los años 90 significaron la desaparición del subsidio soviético que entre otras cosas facilitaba al gobierno la adquisición de bienes suntuosos para sus dirigentes. Pero no hay que confundir las cosas. Las mujeres que buscan los turistas no son las refinadas jóvenes que sustituyeron a las esposas de los ministros y comandantes, sino algo fácil, barato, inmediato y de corta duración.

La nueva generación de prostitutas tiene una edad que oscila entre los 16 y los 25 años, aunque se puede encontrar algunas de 13 ó 31. Un espíritu científico puede dividir las según sus aspiraciones. En el nivel más bajo están aquellas que por \$20 dólares hacen de todo en una noche, y digo en una noche y no en dos horas, pues por regla general no tienen un sitio donde dormir cómodamente y prefieren amanecer junto al cliente que atravesar a pie la ciudad para llegar al cuartucho donde viven. En el nivel intermedio están las que aspiran a divertirse las dos semanas que el vacacionista pasará en Cuba haciendo el papel de damas de compañía; comen bien, pasean y reciben regalos. En la cúspide se encuentran las que apuestan al premio gordo: ser invitadas a viajar al extranjero y ¿por qué no? casarse y vivir definitivamente fuera de Cuba.

Para ser justos con las mujeres debo decir que también hay hombres en estos niveles de prostitución, pero como estoy tratando de ser justo con las mujeres, debo aclarar que son muy pocas las extranjeras que practican el turismo sexual y por eso lo que predomina es el binomio clásico: mujer que se vende, hombre que paga.

Una ola represiva se ha volcado sobre las prostitutas en Cuba. La policía las acosa pidiéndoles el carné de identidad. Si están en la capital o en Varadero y su dirección corresponde a una ciudad de provincia se les considera inmediatamente como sospechosas de ejercer la prostitución, son conducidas a una estación de policía; allí se redacta un “acta de advertencia” y sus datos personales pasan a una computadora. Si reinciden se repite el procedimiento y a la tercera va la vencida. Aunque no existe ninguna ley sobre el tema, pueden ser condenadas a pasar 6 meses en un centro de reeducación donde trabajarán en labores agrícolas. También pueden ser sancionadas las personas que ofrecen una habitación para “consumar el delito” o los que directa o indirectamente juegan el rol de proxenetas o protectores. Ningún turista ha sido molestado por pagar a cambio de sexo.

Es un hecho reciente el reconocimiento oficial de esta nueva etapa de la prostitución en el país. Algunos periodistas, luego de recibir el permiso o la orden de escribir sobre el tema han redactado crónicas, reportajes y entrevistas donde queda demostrado que las nuevas prostitutas o “jineteras” como las llama el argot popular, no realizan su trabajo espoleadas por el hambre, como ocurre en el capitalismo, sino que están movidas por un cierto afán de lucro, por un raro virus de consumismo ajeno a los valores espirituales que la revolución ha inculcado en las nuevas generaciones.

Este detalle merece ser aclarado con precisión. El hambre es también un problema cultural. No sólo se pasa hambre cuando se llega al nivel de inanición de un naufrago abandonado sobre una roca estéril. Hambre es también no poder elegir los alimentos, no poder condimentarlos a nuestro gusto, no tener una dieta balanceada. Pero además las necesidades humanas no son sólo digestivas. Una persona necesita asearse, vestirse, rodearse de objetos útiles. Renunciar al consumismo no significa volverse un anacoreta. Pretender comprar un ventilador cuando se vive en una habitación sin ventanas no es un acto consumista. Me parece realmente obsceno continuar con los ejemplos.

Me pregunto a diario si el sueño de Federico Engels de que el sexo pierda su condición de mercancía y gane su estatura real de nexo material en el amor humano, es solamente una quimera inalcanzable como el resto de las utopías de justicia social. Algunos quieren ver la prostitución simplemente como un trabajo que alguien ejecuta “sobre una persona”, parecido a lo que hace el masajista, la manicure o el psicoterapeuta. En ese caso perseguir a las que ejercen el oficio sólo sirve para privarlas del derecho a reclamar un pago justo por su labor, pero reconocer esta actividad como una forma lícita de ganar el pan resulta inaceptable para una ética humanista, sea cristiana o comunista. De todas formas me niego a pronunciarme. Carezco de experiencia. Tengo que reconocer que no pertenezco a la angélica generación soñada por Engels, incapaz de comprar o vender sus caricias, pertenezco a un extraño híbrido que además de faltarle la edad para entrar a los prostíbulos del capitalismo, no pudo acumular suficiente poder como para despertar la codicia de las cortesanas del socialismo real y que hoy carece de suficientes dólares para pagar las nuevas putas del socialismo decadente.